

momento parece singular, aunque la reflexión lo explique luego, es que el plomo que reviste el pasillo de la galería alta que circulaba al rededor del techo ha quedado perfectamente intacto, á pesar de hallarse tan próximo al incendio que el plomo de la cubierta en fusión se escurrió desde arriba por todas partes y cuelga todavía á estas horas en mil estalactitas que brillan deliciosamente al sol.

Por lo demás, la ciudad de Chartres, vista desde la muralla vieja, es muy pintoresca y debería ser más visitada de lo que es por los pintores.

Va á partir el correo, y escribo todo esto presurosamente. Querida esposa, da estos detalles á los amigos que te los pidan. Nanteuil está aun conmigo. El viaje le ha puesto en deseos de ir más lejos, y hemos guardado nuestro cabriolé. Te presenta sus respetos.

Y yo os beso á todos, y á ti antes que á todos. Nunca comprendo tan bien lo mucho que te amo hasta que estoy ausente de ti. Besa mil veces á nuestros queridos pequeñuelos. Ya te lo devolveré. Escríbeme á lista de correos en Cherburgo.

Tu Víctor

Lee todo esto á tu padre, á quien quiero y á quien envío un apretón de manos. Creo que esta carta le interesará. Se ocupa en todo esto como yo y mejor que yo.

Alençon, 9 de junio.

Te escribo, Adela mía, encima de un sucio mantel de posada. Hemos dejado nuestro cabriolé en Nogent-le-Rotrou, y tomado el carruaje público hasta Domfront, donde creo que me dejará Nanteuil. Estamos en Alençon; tenemos un cuarto de hora para comer un bocado y lo aprovecho para escribirte.

Anteayer nos despedimos de Chartres, donde hay otra bella iglesia con hermosos ventanales, de la que no te hablé, ofuscado por la catedral. Dejamos el Beauce, cuyas llanuras forman en el crepúsculo magníficos horizontes que deberían ser más admirados. Ahora vemos venir la Normandía y la reconocemos por las verdes greñas de los manzanos que nos rodean por todas partes. Llueve, sopla el viento, hace un tiempo asqueroso. El sol, para burlarse de nosotros, mira de vez en cuando por el ventanillo de una nube.

Hemos visto y visitado en Nogent-le-Rotrou aquel castillo que querían venderme hace siete años. Nanteuil dibuja para ti un apunte de memoria mientras te escribo. El exterior del castillo es todavía muy hermoso y domina soberbiamente un inmenso horizonte de onduladas llanuras. El interior es un puro destrozo.

Hoy es domingo, Adela mía, y pienso con tristeza que hace ocho días era muy dichoso á tu lado. Hicimos juntos aquel agradable paseo á caballo al bosque de San Germán. Estábamos el uno junto al otro, felices el uno por el otro como en nuestros años más risueños. Yo llevaba tu caballo de la brida y andaba

con los ojos puestos en nuestros queridos hijos. Adela mía, prefiero el domingo de ocho días atrás al domingo de hoy.

Dentro tres semanas volveré á veros, á abrazaros á todos. Mientras tanto, da mil besos á Didina, á Dédé, á *Totó*, que espero esté bien, y á mi pobre Charlot, doblemente desterrado. Un apretón de manos á tu padre y te abrazo estrechamente, Adela mía.

V.

Fougères, 22 de junio.

Ya van tres días sin escribirte, Adela mía, y tengo necesidad de conversar contigo y de descansar en tu pensamiento.

Nanteuil me ha dejado; es posible que vuelva á reunírseme en Cherburgo. Después de Alençon he visto Lassay, delicioso pueblo semisalvaje, plantado en la confluencia de varios caminos vecinales, que tiene tres castillos antiguos, dos de los cuales son tan admirables que los he dibujado. El tercero sólo contiene algunas ruinas situadas en medio de los árboles más hermosos y extraños del mundo.

Después de Lassay, Mayenne. No se conoce en realidad esta pobre Bretaña. Vale más que Suiza, y casi que los Alpes. Mayenne es una risueña y pintoresca villa, colocada de través en el río, con un hermoso castillo, una alta iglesia incrustada de piedras romanas que tienen dos mil años, casas del siglo xv listadas de madera y de yeso, y un puente antiguo de arcos ojivales. El conjunto de todo esto forma un cuadro encantador.

Desde Mayenne he ido á Jublaire, donde hay un campamento de César, que he recorrido guiado por la muchacha más linda del mundo que me ofrecía rosas frescas y ladrillos viejos, saltando diestramente por encima de los setos, sin preocuparse gran cosa de las faldas. Luego me enseñó un templo romano, y muchas otras cosas romanas, y muchas de su persona. Al separarnos le he dado un escudo, y me ha pedido un beso. Perdona, te cuento la cosa tal como es. Y

luego te traigo un pedazo de mármol del campamento de César para probarte mi buena suerte. Soy un gran fatuo.

Esta mañana he almorzado en Ernée. Ernée es un pueblecito feo, tonto y llano, donde hay una repulsiva anciana que tiene una horrible posada. El único placer que he tenido ha sido el de mandar á paseo á un rebaño de comadres murmuradoras, que se han marchado haciendo mil absurdas conjeturas acerca de mí.

He visto también en Ernée algunos graciosos niños que recogían estiércol de caballo en la carretera real. Te aseguro que ponían en ello toda la gracia imaginable. Algún día llegarán á ser unos cochinos aldeanos.

A estas horas estoy en el país de los helechos, en una villa que debería ser visitada piadosamente por los pintores, en una villa que tiene un castillo antiguo flanqueado de torres antiguas, las más soberbias del mundo, con molinos de agua, rápidos arroyuelos, rocas, jardines llenos de rosas, calles de techos puntiagudos que suben á pico, iglesias altas y bajas, antiguos aparadores de madera que relucen dentro de las tiendas, toda clase de viejas arquitecturas cubiertas de hiedra. He visto todas esas cosas al sol, en el crepúsculo y á la luz de la luna, y no me canso de verlas. Es admirable.

Aquí y allá hay algunas casas de la época de Luis XV, pero tienen poco éxito. El gusto Pompadour nada tiene que hacer con sus achicorias en este país. El barroco encaja mal con el granito.

Por lo demás, la arquitectura es bárbara en general. La piedra bretona no se ha prestado á las coquetías de ninguna época, y no más á las del Renacimiento que á las de Luis XV. Pero ciertas iglesias tienen austeridad y grandeza.

El tiempo se ha puesto bien otra vez, y los cami-

nos están deliciosos. Todo son arriates, bojes, grandes árboles, glorietas floridas, con humaredas que se mezclan á los perfumes de los escaramujos. Aquí y allá campos de cicuta que exhalan un olor de animal salvaje, una pared ruinosa en donde brotan grandes gordolobos, algunos grajos que muestran sus plumas azules, algunas urracas que me hacen pensar en el caballo de Turena; y luego todo ese marco de la carretera magníficamente dorado por las floridas retamas.

Mañana iré á Antrain, y visitaré el famoso campo de batalla del ejército vendeano; allí pensaré en ti, mi adorada Adela, mientras esta carta correrá hacia Fourqueux y os llevará mis besos á ti y á todos los que sois mi felicidad y mi vida.

Mil afectos á Martina. Abraza á tu buen padre en mi nombre, y tú recibe mil besos. Algún día viajaré contigo y seré completamente dichoso.

San Malo, 25 de junio.

Hace dos días, amada mía, que no dejo de pensar en ti. Es absolutamente indispensable que veamos el mar juntos y con todos nuestros pequeñuelos. Quisiera ver á *Totó* y á *Dédé*, y también á usted, señorita *Didina*, que está á punto de hacer su primera comunión, quisiera verles reunidos en este inmenso depósito de conchas del Océano que iba pisoteando ayer entre *Dol* y *San Malo*; pues como no encontré asiento en su desvencijado carruaje, anduve filosóficamente mis seis leguas á pie.

Llegado á *San Malo*, estaba tan cubierto de polvo, que corrí al Océano, y me bañé en las rocas que rodean el fuerte de *San Malo* y que en la marea baja forman mil bañeras de granito. Me metí mar adentro, corriendo de roca en roca, á pesar del oleaje, que me arrojó una docena de veces contra algunos diabólicos y puntiagudos peñascos. Mas no importa, es cosa admirable cada vez que os envuelve y os sacude con su espuma.

Como he andado una docena de leguas á pie y al sol en estos cuatro días últimos, tengo la cara despelejada y estoy encarnado y horrible.

Por otra parte, necesitaba agua. Desde que estoy en *Bretaña* vivo entre la suciedad. Para lavarse de la *Bretaña* se requiere un Océano. Este gran cubo está en proporción de esta gran porquería.

Hazte cargo de la cama en que me he visto precisado á dormir en *Pontorson*: un desván con techo de vigas y suelo de tierra; enormes arañas en el techo,

diminutas pulgas en el suelo. Dos sillas viudas de su paja. Un colchón que quiere ser blando. Frente á la ventana una muestra donde se lee en letras viejas casi borradas: *Fulano de tal, sastre recién llegado de París*. Os sirven la comida. Las vajillas bretonas son como las formaciones geológicas. Habría que excavar varias capas de no sé qué antes de llegar al barniz. Si las pulgas anduvieran, dejarían en ellas, sin duda, la huella de sus patitas. Como *Pontorson* toca al mar, no hay pescado, y os sirven un guisado medio roído. Esto ocurre á la luz de una mezquina vela en un gran candelero barroco de cobre verde de cardenillo, cuya vela se inclina melancólicamente y derrama lágrimas de sebo en los platos. Luego os acostáis, y á la mañana siguiente pagáis cinco francos, no por haber comido, sino por haber sido comido.

Llégase á ese cuarto y á esa cena mediante once heroicos escalones de trece pulgadas de alto y de tres pulgadas de ancho.

Comunica esta descripción de una habitación bretona á tu padre. Cierta que dirá: —*Pontorson* está en *Normandía*. Es verdad, el mapa dice: *Normandía*; pero la suciedad dice: *Bretaña*.

Por lo demás, en este país los cerdos comen hierba. Los únicos limpios en *Bretaña* son ellos.

Los cercados de los campos se hacen por medio de una especie de barrera formada por un tronco de árbol, en donde son introducidos aquí y allí algunos trozos de madera, cuya barrera es muy parecida á un peine. Esto debería dar á los bretones la idea de servirse de ellos (de los peines).

Dol, en donde almorcé ayer, tiene una hermosa calle casi románica, con pilares coronados por capiteles bajo las casas. La catedral, que tiene una hermosa vidriera en el ábside, está completamente destalada.

Sin las viejas torres del puerto y sin el mar, San Malo ofrecería poco interés. En una sinuosidad encontré ayer un animal horriblemente hermoso que las personas del país denominan *sapo de mar*.

Hoy creo que iré á Dinán. No sé bien si el tiempo me dejará llegar á Cherburgo, pero escíbeme siempre allí. Ya me arreglaré de modo que tus cartas lleguen á mi poder si paso por Caén. Acabo de escribir á Boulanger. Y cuento escribir mañana á la señorita Luísa. Dí á los niños que le escriban. Ya sabes que esto le da gusto, y ella es muy buena para ellos.

Espero, Adela mía, que sigas divirtiéndote en Fourqueux. Quiero que te diviertas mucho, y termino besándote tiernamente, así como á nuestros hijos. No olvides saludar á tu padre, y á nuestros buenos amigos Châtillon, Boulanger, Robelín, Gautier, etc.

A LUIS BOULANGER

San Malo.

Hoy he vuelto á ver el mar, mi querido Luis; una pendiente me empuja hacia ella todos los años. Háseme aparecido en el límite del horizonte, dibujando sobre las colinas una línea delgada y verde como la rotura de un vidrio. Era entre Dol y San Malo. Actualmente estoy en San Malo; al llegar, he corrido á arrojar-me al mar; me he bañado y vuelvo presuroso á escribiros empapado aún de la saliva del viejo Océano.

Será absolutamente necesario que vaya á arrancaros de vuestra bella y poderosa obra, y que vengamos juntos á ver todas las grandes cosas que he de contemplar solo y que vería dobladas con vos. ¡Recordáis cuán dichosos éramos en otro tiempo, cuando nuestros paseos de la tarde á través de la llanura de Montrouge! ¿Qué es lo que ocurriría con esta llanura de olas á la vista?

Una villa que es necesario veáis, y que la veáis conmigo, es Fougères. Perdonad esta brusca transición; pero no quiero hablaros más del mar, pues chochearía, y esta carta tendría cien páginas. Pues bien, vengo de Fougères como La Fontaine volvía de Baruch, y de buena gana preguntaría á todo el que encontrase: ¿Habéis visto Fougères?

Toda esta Bretaña, por otra parte, vale la pena de